

EL PARQUE

Las campanas de la iglesia dieron las ocho. Laura apenas las oyó. En verano las oía porque la iglesia estaba al otro lado del parque. Pero ahora en invierno era más difícil. Las ventanas de la casa tenían doble vidrio y estaban cerradas porque hacía mucho frío.

Cuando sonó la última campanada, Laura dejó el periódico sobre la mesa y colocó en el lavavajillas la taza que había usado para el desayuno. Antes de salir de la cocina volvió a mirar la portada del periódico que acababa de leer. Por segunda vez en una semana habían asesinado a una mujer en el parque. La fotografía del cadáver la había impresionado. “¿Cómo es posible que haya gente tan cruel?” pensó. Se acercó a la ventana para mirar hacia afuera. El sol empezaba a salir y apenas había luz. Se estremeció al pensar que aquellos crímenes habían ocurrido allí mismo, a dos pasos de su casa.

Se puso el abrigo, se enrolló la bufanda alrededor del cuello, cogió los guantes y el bolso y salió de casa. Normalmente, para ir al trabajo Laura cruzaba el parque. Era un paseo agradable de menos de diez minutos. Pero ahora, con aquellos horrendos crímenes, no se atrevía a hacerlo. Los últimos días había ido por las calles más concurridas porque tenía miedo.

Pasaron unas semanas. Laura –como todos los vecinos del barrio– se fue olvidando de los asesinatos y perdió el miedo. Volvió a cruzar el parque para ir al trabajo y para volver a su casa por la noche.

Una noche tuvo el presentimiento de que alguien la seguía. Estaba ya en medio del parque y era demasiado tarde para cambiar de camino. Apretó el paso. La noche era oscura. Un fuerte viento agitaba las desnudas ramas de los árboles. Había caído una espesa niebla y la luz de las farolas apenas se veía. Los pasos de la persona que la seguía se oían cada vez con mayor claridad. Laura oyó la voz grave de un hombre que le gritó: “¡Oiga!, ¡Psst!”. Ella volvió un instante la cabeza y vio a sus espaldas el cuerpo de un hombre alto y corpulento. Cojeaba ligeramente y llevaba un abrigo con el cuello levantado que le ocultaba el rostro. Tenía el pelo largo y el viento lo levantaba hacia atrás. Con un gesto instintivo Laura cogió con más fuerza su bolso y apretó el paso. No veía a nadie más en el parque y todo estaba envuelto en una profunda oscuridad. Laura creyó oír que los pasos se alejaban, pero se había equivocado. El hombre la había alcanzado y caminaba ahora a su lado, tambaleándose a causa de la cojera. “Oiga, señorita...”, empezó a decir. Laura notó que iba a desmayarse de miedo. El corazón le latía con fuerza y sintió como si se le fuese a salir del cuerpo. El hombre, alto y corpulento, se le acercó y le dijo con voz suave, insegura: “Oiga, señorita, perdone. ¿Puedo ir con usted? Es que tengo mucho miedo de cruzar el parque yo solo”.

Joaquín Masoliver
Historias breves para leer
SGEL